

Las panaceas de la burguesía*

Paul Lafargue

Cuando un grupo de ciudadanos, proletarios o burgueses, se reúnen y cotizan para comprar por mayor los artículos necesarios a su consumo, que se reparten luego a precio de coste, fúndase entonces lo que se llama una sociedad cooperativa de consumo. Esta forma de cooperación puede entenderse hasta la fabricación por cuenta de la sociedad de ciertos productos. Algunas sociedades cooperativas de consumo mandan fabricar por su cuenta el pan que distribuyen a sus asociados.

La cooperación de consumo, menos ambiciosa que la producción, es sencillamente un medio de comprar barato. Las sociedades de consumo tienden tan solo a modificar las condiciones en que se verifica actualmente el cambio de productos; en tanto que las cooperativas de producción tienden a cambiar las condiciones en que estos productos se crean, o lo que es lo mismo la base del presente orden social. Todo el consumo obrero podría hacerse por medio de sociedades cooperativas de consumo, sin que por esto el problema de la abolición del salarismo estuviese resuelto, la paso que, la cooperación de producción, tomando las formas colectivas que en nuestro anterior artículo hemos indicado, resuelve el problema social.

Los economistas burgueses, con Ricardo a la cabeza, han demostrado que el pre-

cio del salario del obrero estaba calculado, no con arreglo a las leyes de la oferta y la demanda, que no hacen otra cosa que aumentarlo o disminuirlo temporalmente, sino con arreglo al precio de los objetos necesarios al obrero para producir su fuerza vital o productiva. La fuerza productiva del obrero es asimilada por el capitalista a una mercancía cualquiera, cuyo precio puede oscilar según las exigencias de la oferta y la demanda, pero cuyo valor real procede del precio de los gastos de producción. Disminuyendo los gastos de producción se disminuye al mismo tiempo el precio de la mercancía; disminuyendo los objetos necesarios al obrero para reproducir su fuerza vital se disminuye su salario. Para poder disminuir el precio del salario de los trabajadores, el capitalista ha buscado siempre la manera de disminuir el precio de los objetos necesarios para la vida de aquellos.

Cuatro años ha tuvo lugar en Londres cierta agitación entre los empleados de comercio; quejas amargas fueron exhaladas en los periódicos y en las reuniones públicas, y hasta se llegó hablar de constituirse en sociedades de resistencia (*trades-unions*), a imitación de los obreros. Los dueños o comerciantes les contestaron que como desde el establecimiento del ferrocarril de circunvalación, muchos dependientes habían ido a vivir fuera de la ciudad, donde los víveres y los alquileres costaban más baratos, debían darse por muy contentos si aquello

* Fuente: *La Emancipación*, 34 (4 de febrero de 1872)

no les imponía una reducción del salario proporcionada a la economía que viviendo fuera de la ciudad realizaban.

Hace pocos años que, en Bélgica, los trabajadores de las minas, asociados en cooperativas de consumo, habían logrado una disminución del 10 por 100 en los productos necesarios de su vida. Tan pronto como los dueños de la cuenca carbonífera conocieron este importante resultado, redujeron el precio de los salarios de sus obreros en proporción a la economía alcanzada.

Estos dos hechos son característicos, puesto que prueban que toda economía que el asalariado realiza solo aprovecha en último término al capitalista industrial.

Antes de que la cooperativa de consumo se hubiese puesto de moda, los grandes capitalistas de los grandes centros industriales de Europa y América, se habían ocupado todo lo posible en abaratar el precio de subsistencia de sus trabajadores. Mr. Schneider, Kaechlin, Dolfus y otros grandes fabricantes del oeste de Francia, compran por mayor todos los objetos necesarios al consumo de sus trabajadores, objetos que revenden después al precio de coste. Esta economía, en vez de aprovechar al obrero, no sirva para otra cosa que para facilitar a los capitalistas el medio de disminuir los salarios. Los esclavistas americanos compraban también al por mayor todo lo que sus trabajadores negros necesitaban. La tendencia de los grandes capitalistas modernos es de transformarse en dueños de esclavos.

Los industriales de Massachussets y de muchos otros estados de la república norteamericana, compran todas las tierras del derredor de sus fábricas, construyen casas para sus obreros, establecen por cuenta de los mismos industriales tiendas de comestibles, panaderías, carnicerías, tiendas de ropas, de quincalla, etc., y pagan a sus operarios en un papel moneda que solo tiene circulación en sus propios estableci-

mientos. De este modo sencillo consiguen evitar toda clase de competencia. Estos proletarios americanos viven en una condición más dependiente y sumisa que la de los obreros europeos, pues caso de huelga, los capitalistas los echan de sus casas y les cierran los almacenes, y los huelguistas se ven obligados a abandonar el país, a morir de hambre o a ceder. ¡Republicanos federales, esto pasa en la república federal de los Estados Unidos!

Sin embargo, la cooperativa de consumo puede dar buenos resultados al obrero, mas con una condición: que estén bastante bien organizadas para impedir la explotación desenfadada de los capitalistas. En todas las ciudades industriales de Inglaterra se han fundado sociedades cooperativas compuestas de millares de asociados; estas sociedades han producido resultados bastante buenos, porque junto a ella existen las sociedades de resistencia, que han impedido hasta ahora a los capitalistas rebajar los salarios en proporción de las economías realizadas. Entiéndalo bien la clase trabajadora; no podrá mejorar su suerte si no se organiza de una manera bastante eficaz para conservar las conquistas que vayan realizando. La experiencia de los demás países está ahí para comprobarlo.

Existe otro género de cooperación que puede llegar a ser un elemento poderoso de propaganda, y es lo que París se llaman marmitas y en otros países cocinas económicas. Estas son especies de fondas, donde todos los asociados encuentran un alimento más barato, sano y nutritivo que en cualquier otro bodegón, donde el obrero paga carísimos alimentos detestables. En París, estas marmitas estaban organizadas por las secciones de la Internacional. Junto al comedor se había establecido una pequeña biblioteca, donde se hallaban reunidas las principales obras socialistas y populares y los periódicos conocidos. Por 2 r[eale]s se daba

una comida bastante buena, y por medio real a la semana disfrutábase de las ventajas de la biblioteca y gabinete de lectura. Estas marmitas, así organizadas, eran verdaderos centros de organización y propaganda. Los obreros encargados de dirigirlas aprendían la teneduría de libros y el manejo de la administración, ¡cosa tan importante para la clase obrera! Los recién llegados eran inmediatamente convencidos por sus camaradas, que los hacían ingresar en las filas de la Internacional. Después de la caída de la Comunque, la reacción victoriosa ha cerrado todas las marmitas.

Nuestros compañeros de la sección española, que tienen ya alguna experiencia de

lo que es la cooperación de consumo, y poseen además un reglamento típico de estas cooperativas, aprobado por la Conferencia de Valencia, el cual contiene los principales elementos de la verdadera cooperación, deben aprovechar, sin embargo, el ejemplo de nuestros hermanos de las otras regiones, y tener bien presente, al fundar cooperativas de consumo, que estas no deben servir nunca ni directa ni indirectamente para acrecentar los beneficios del capitalista, sino por el contrario, de medio para completar la organización, que es la única que ha de permitirles conservar las conquistas que vayan obteniendo en su encarnizada lucha con el capital.